

Rescatar el Patrimonio Intangible: el Proyecto de Desarrollo Comunitario de La Aldea

Lidia Sánchez González y José Pedro Suárez Espino, coordinadores del proyecto



La experiencia didáctica y etnográfica desarrollada desde el año 1977 por el Proyecto Cultural de Desarrollo Comunitario de La Aldea se ha convertido, por sus objetivos y por su particular metodología, en un encomiable ejemplo de respeto, identificación y revalorización de la cultura popular tradicional de Canarias. Este arduo trabajo ha sido coordinado por dos maestros de La Aldea de San Nicolás, los cuales, más allá del ejercicio estricto de sus tareas profesionales en la Escuela Hogar de La Aldea de San Nicolás, en el Colegio Público Cuermeja y posteriormente en la Escuela de Adultos de La Aldea, han sabido implicar a la mayor parte de los miembros de su comunidad vecinal para que tres generaciones de aldeanos, de manera conjunta y simultánea, pusieran en marcha el proyecto.

Gracias a su tesón y permanente dedicación al desarrollo armónico de un proyecto que ha mantenido un riguroso respeto a los valores de la cultura popular tradicional del oeste de la isla de Gran Canaria, han logrado dos metas fundamentales: la primera se refiere al notable acierto de ofrecer a las actuales generaciones de escolares del conjunto del archipiélago canario la posibilidad de un reencuentro con el pasado histórico más inmediato de un grupo familiar y de su pueblo en particular. El segundo logro es que han sabido estimular un espíritu de legítimo orgullo entre los más viejos de La Aldea, quienes han acogido como un compromiso personal la transmisión de su experiencia y saberes en todos aquellos aspectos de la cultura popular tradicional (folclore musical, artesanía, juegos, oficios y cultivos tradicionales) que desde tiempos inmemoriales les ha permitido enraizarse en la tierra sobre la que se establecieron sus antepasados.

El Proyecto Comunitario de La Aldea fue galardonado con el Premio Canarias 2003 en la modalidad de Cultura Popular.

La ley de Patrimonio Histórico de Canarias tiene por objeto regular el régimen jurídico de los bienes, actividades y demás manifestaciones culturales que integran el patrimonio histórico de Canarias. En sus diversos artículos contempla la protección, conservación, restauración, acrecentamiento, investigación, difusión, fomento y transmisión de dicho patrimonio, en las mejores condiciones posibles, a las generaciones futuras, así como su disfrute por los ciudadanos como objeto cultural y educativo.

Sin lugar a dudas, los gobiernos se han preocupado del patrimonio tangible en la medida en que aporta una rentabilidad que garantiza su viabilidad. Esta preocupación no ha sido extrapolable al patrimonio intangible que es, en definitiva, el que nos aporta la frescura, sentimientos y vivencias a través de nuestros recuerdos: olores, sonidos, expresiones, imágenes..., que están en la memoria de nuestros mayores, como testigos excepcionales de todas aquellas vivencias que hoy perviven en el recuerdo como referente cultural.

La UNESCO considera patrimonio intangible "las tradiciones que se transmiten oralmente o mediante gestos y se modifican con el transcurso del tiempo a través de un proceso de recreación colectiva, siendo cada individuo el portador del patrimonio de su propia comunidad". Se incluyen las tradiciones orales, las costumbres, las lenguas, la música, los bailes, los rituales, las fiestas, la medicina tradicional y la farmacopea, las artes culinarias y todas las habilidades especiales relacionadas con los aspectos materiales de la cultura, tales como las herramientas y el hábitat.

En definitiva, el patrimonio intangible supone para los pueblos y culturas su fuente vital de identidad. Un tipo de patrimonio que estando recogido en la legislación autonómica requiere ser gestionado para su preservación y difusión.

La vida, durante las últimas décadas, no ha sido fácil para los canarios que alcanzaron su plena madurez personal y profesional a mediados del siglo XX. Personas que ahora tienen sesenta, setenta y hasta noventa años, que ya habían dejado los difíciles años de posguerra, se enfrentan ahora a otra compleja situación: encontrar su lugar en la nueva sociedad.

Conocíamos personas cuya profesión había desaparecido, que veían cambiar la vida a su alrededor y que no siempre entendían lo que estaba ocurriendo. Y es en esta situación donde "echar días p'atrás" —expresión que solían utilizar para describir su forma de vida muchas de las personas que ahora han pasado a formar parte del Proyecto Comunitario de La Aldea. Esta expresión describe bien una forma de vivir sin esperanza, sin ningún afán. Cuando muchas de estas personas comenzaron a colaborar en las actividades promovidas por el proyecto sus vidas adquirieron un nuevo sentido. Eran personas a las que se les reconocía un gran valor social: eran los protagonistas de una cultura que tenía mucho que enseñarnos. Ahora esas personas se sienten parte de una comunidad, hasta tal punto que delegan en el proyecto su patrimonio.



En la página izquierda, Faustino Vega Sosa desgranando piñas. En esta página, de arriba a abajo, Juan Santiago Hernández Armas empaquetando tomates en el museo; Heriberto Rodríguez Arencibia, cuentacuentos; grupo de alumnos amasando harina; Delfina Perera Bautista hilando lana. Bajo estas líneas, Rancho de Ánimas de La Aldea.



Explicar el cambio de sentido que para sus vidas tiene el participar en ese proyecto comunitario nos parece que es una buena forma de anticipar la formulación de lo que aspiramos a lograr. Nuestra meta es sencilla: buscamos mejorar la integración social a través del compromiso solidario con la cultura popular, y en este ámbito entendemos que la cultura aportada por nuestros mayores tiene un gran valor social y educativo, entre otras razones porque es depositaria de valores, experiencias y saberes que les han ayudado a superar momentos muy difíciles.

La cultura popular que nos han legado nuestros mayores ha servido para justificar situaciones intolerables hoy en día, pero también es verdad que les ha servido para superar esas mismas situaciones y dejarnos un mundo distinto. La búsqueda de esa integración social es la que delimita el concepto de desarrollo que deseamos cons-



truir: pretendemos que los aldeanos y aldeanas constituyan una comunidad. Nuestro proyecto aspira a ser un lugar de encuentro, un punto de partida, una base sólida para construir un futuro diferente facilitando la integración social a través de un compromiso solidario con la cultura.

En los años setenta se inició en La Aldea una experiencia singular desde un centro educativo, utilizando como recursos el campo como escuela y a los mayores como los sabios de la tierra. Esta iniciativa propició que nuestros jóvenes se adentraran en el campo de la investigación en un primer momento con sus familiares más directos, sus abuelos y padres, quienes por medio de pequeños trabajos de investigación se acercaron a la escuela para transmitir de primera mano sus vivencias, comenzando así a sentirse valorados.

A principios de la década de los noventa era tal la complicidad que había con ellos, que no sólo se dejaron grabar sino que sintieron la necesidad de transmitir ese legado cultural, animándonos a hacer una grabación con la calidad suficiente para que las generaciones venideras pudieran conocer las culturas que generaron las diferentes formas de vida. Una predisposición que nos hizo constatar que se daban las circunstancias necesarias para plantearnos una grabación:

- Nuestros mayores querían ser grabados, ya que se había realizado un trabajo previo de varios años de entrevistas y grabaciones caseras.
- Teníamos, quizás, lo más importante; sabíamos realmente lo que queríamos ha-

cer y la estructura o modelo de trabajo a realizar: "la cultural oral y la música tradicional de La Aldea y de los pagos más cercanos". Este trabajo consistió en recopilar todas las tradiciones culturales mediante el estudio del ciclo anual. El comienzo del año en La Aldea no es el 1 de enero como en otros pueblos y ciudades. Para nosotros, el 31 de diciembre y el día 1 de enero son unos días en los que la actividad económica del pueblo está en su cumbre. Por lo tanto, La Aldea, como núcleo rural que es, comienza su ciclo anual cuando pasan las fiestas de El Charco (fiesta grande para nosotros, heredada de nuestros aborígenes) y llega el otoño. Y, a partir de esta fecha, es cuando nos planteamos hacer la grabación de toda la cultura oral y musical que pervivía en la memoria colectiva de nuestros mayores.

- Lo único que nos hacía falta era poder contar con alguna empresa discográfica especializada en este tipo de trabajo de campo. Al fin pudimos contactar con Tecnosaga, casa discográfica con experiencia en esta actividad y avalada por premios a nivel nacional sobre recuperación de la cultura popular en el Estado español. Así surgió nuestro primer trabajo, en el que participó un gran número de informantes de nuestro pueblo, todos ellos con infinidad de datos que aportar.

Sin lugar a dudas, el patrimonio histórico tiene un gran valor cultural puesto que, a través de él, se conoce la identidad de un pueblo, pero tam-

• Rescatar el Patrimonio Intangible: un Proyecto de Desarrollo Comunitario en La Aldea



bién tiene un enorme valor social en la medida en que nuestros mayores se sienten reconocidos como dadores de esa misma identidad. La cultura inmaterial e intangible es, indiscutiblemente, lo que nos aproxima y nos hace entender la cultura generada por las diferentes formas de vida de una pasado reciente, siendo este el ámbito o espacio donde hay que circunscribir la actuación de este proyecto, siempre en aras de la recuperación y la conservación.

Museos vivos

El mundo rural, tal como lo conocemos en la actualidad, es tal vez un vago recuerdo de lo que antaño fue una forma de vida, de comportamientos sociales y de una cultura, en la que la naturaleza y el contacto del hombre con la misma formaban un todo interrelacionado donde ambos se beneficiaban mutuamente.

En un tiempo más o menos cercano de nuestra historia, el mundo rural tuvo una gran relevancia en la economía insular pues proporcionaba a los habitantes locales y de las ciudades los alimentos y útiles necesarios para sobrellevar el doble aislamiento que producía la condición de insularidad y las situaciones de crisis mundiales en los distintos periodos de guerras. Este tipo de economía está desapareciendo de forma paulatina e irremediable, arrastrando tras ella una cultura y una forma de vida.

En La Aldea de San Nicolás, gracias al empeño y esfuerzo del Proyecto Cultural de Desarrollo Comunitario, a la inestimable colaboración de la familia de Graciliana Martín Suárez, que gentilmente ha cedido su propiedad para el museo vivo, y a la colaboración de todo el pueblo, se ha podido recuperar el ambiente tradicional del mundo rural enclavado en el mismo casco urbano de La Aldea de San Nicolás. El espacio se compone de

una vivienda con sus distintas dependencias: la gañanía, el pozo, el molino y el estanque, así como el terreno de cultivo próximo a la casa.

En este museo vivo nos podemos retrotraer en el tiempo a la época en que muchos de los elementos, considerados actualmente como artesanías decorativas, tenían una función primordial dentro de las labores diarias de la casa y del campo. Se trata de revivir y conocer el por qué y el para qué se utilizaban una serie de objetos, algunos de los cuales han dejado en la actualidad de cumplir la función para la que fueron creados. Todo ello en un intento de conocer, valorar, respetar, conservar y difundir una cultura que, lejos de quedarse en el recuerdo, se revitalice, concienciándonos del valor que tiene el esfuerzo de nuestros antepasados para las futuras generaciones, los cuales, valiéndose de los recursos que les ofrecía la naturaleza, obtenían los materiales que les facilitaban las labores rutinarias en un mundo rural, carente de grandes medios técnicos, pero que les abastecía de los alimentos necesarios para su subsistencia.

Estos museos adquieren la denominación de "vivos" porque nos ponen en contacto con personas que nos cuentan y reproducen su forma de vida, siendo una concepción de museo como espacio participativo. En un encuentro realizado en Salamanca, donde participamos con nuestro proyecto, se llegó a la conclusión de que esta forma de concebir el museo supone una apuesta de futuro porque pone en contacto directo dos formas de realidad, una pasada y otra presente, donde los actores principales comparten de viva voz la experiencia de lo vivido.

Los grupos que visitan el museo vivo La Gañanía pueden realizar diferentes actividades agrícolas de la vida de antaño, tales como hacer el pan, el queso, o descamisar (pelar piñas), desgranar, aventar (separar la paja del grano), tostar, moler y,



En esta página, a la izquierda, Leocadia Navarro Oliva moliendo millo tostado con la piedra de molino. Arriba, Juan Cruz Vega Suárez, juguetero, en el museo Carmita Afonso. Abajo, Dolores Álamo Rodríguez haciendo queso. En la página derecha, Arriba, Carmelo Sánchez González. A la derecha, Carmen Ramos Ruiz y Heriberto Rodríguez Arencibia, descamisando piñas. Abajo, Manuel Castellano Saavedra en el Museo tienda Juan Déniz.



al que le guste, tomar leche cruda con gofio que ellos mismos habrán obtenido ordeñando vacas y cabras y realizando todo el proceso.

También hemos rescatado viejos establecimientos comerciales, muy típicos y presentes en todos los pueblos de las islas, para conocer cómo era el comercio en las tiendas de aceite y vinagre (la tienda de José Déniz), los trabajos en los antiguos almacenes de empaquetado de tomates (el almacén de los Velázquez), la zapatería (la zapatería de Naso), o un día en la vida de un escolar (la escuela de Carmita Afonso).

La cultura popular puede ser un bien social y educativo de gran valor, algo que muchas personas reconocen como indudable, sin embargo, la realidad nos ha demostrado fehacientemente que el valor social y educativo depende, entre otras cosas, del modo en que las nuevas generaciones se relacionan con esa cultura.

Para comprobar el acierto de esta afirmación, bastará reconocer la diferencia entre las manifestaciones de cultura popular que se preparan con fines exclusivamente turísticos y la finalidad que mueve a un proyecto donde tratamos de encontrar un marco ideológico, organizativo y relacional que, en condiciones de respeto mutuo, facilite el encuentro entre las personas que han contribuido con sus propias vidas a generar la cultura popular y las personas que pueden encontrar en dicha cultura un camino para comprenderse mejor a sí mismos y hacer de esta comprensión una vía para proyectar un futuro de mayor calidad.

El Proyecto de Desarrollo Comunitario ha sido premiado y reconocido en muchos ámbitos culturales, dentro y fuera de nuestra comunidad, gracias a las diferentes muestras etnográficas realizadas; entre ellas, las más destacadas han sido las Jornadas Cucalambé de la provincia de Las Tunas, Cuba, donde se obtuvo la "Insignia de



Oro del Cucalambé", que se otorga a las personas o colectivos que hayan contribuido a la recuperación y difusión de la música tradicional campesina cubana; muestra en el Museo de Antropología en Madrid; encuentro de música étnica en Alcoy, Alicante; audición sobre el proceso de grano en Navas, Asturias; 1ª Muestra de Música de Tradición Rural del Proyecto de cooperación transnacional "Identidades", realizado en Lorca en el año 2000; participación en otras audiciones sobre música tradicional y cultura oral. Además, el proyecto ha sido reconocido con el Premio Canarias 2003 en la modalidad de Cultura Popular.

Esta experiencia de participación etnográfica ha sido adoptada como modelo educativo en una Universidad de California, en la asignatura de Museística. Por otra parte, el Proyecto de Desarrollo Comunitario de La Aldea ha sido considerado por el Comité Científico Internacional de Museos como "el museo vivo más importante de Europa" por la escenificación del *ciclo del año* que se realizó en el Teatro Guinguada de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria en 1996.

Durante los casi treinta años de historia de este Proyecto Cultural de Desarrollo Comunitario de La Aldea han sido muchas las publicaciones: artículos, entre otras, en la *Revista Internacional del Museo CECA* del ICOM, además de cinco trabajos discográficos y tres libros con gran valor etnográfico, un libro y CD en homenaje al Claca; un DVD y un libro dedicado al folclore infantil y, finalmente, una oca y un dominó con temáticas relativas a la cultura del pastoreo, el cereal y la música en las relaciones personales. Además, algunas tradiciones que habían desaparecido se han recuperado y han sido entregadas de nuevo al pueblo: el rancho de ánimas y pascuas, el carnaval tradicional, las fiestas de mayo, los deportes autóctonos, la artesanía de la palma para adornos del Domingo de Ramos, etc.

Pero, sin lugar a dudas, nuestra mayor satisfacción ha sido identificar el papel de nuestros mayores como docentes de la cultura popular en esta nueva sociedad.

